LA NOVELA CORTA

20 cts

El Ladrón Romántico

-HORTELANO-

DIEGO SAN JOSÉ

LA GRACIA

Esta popularísima Revista cómica publica en el próximo número

UNA EXTENSA NOVELA CÓMICA

profusamente ilustrada. Este suplemento, que constituirá uno de los mayores atractivos de la Revista, equivale, por su extensión, al de una de las novelas semanales que actualmente se publican. No obstante el alarde editorial que esto significa, solo aumentamos en diez céntimos el precio de esta Revista.

Lea usted el próximo jueves LA GRACIA

40 cts.

***La novela* TEATRAL**

publicará mañana domingo el drama en cinco actos,

LOS GORRIONES DEL PRADO

original de

Alfonso Vidal y Planas

40 cts.

W5289T

N.º 426 Año IX **LA NOVELA CORTA** Madrid 2 Feb. 1924

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

EL LADRÓN ROMÁNTICO

NARRACION HISTORICA DE LOS TIEMPOS DEL BANDOLERISMO ESPAÑOL

DIEGO SAN JOSÉ

(ILUSTRACIONES DE MEL)

IN ILLO TEMPORE...

Estaban por el entonces tan enconadas y en su punto las aspiraciones del pretendiente a la corona de España don Carlos María Isidro, que toda la península era, donde no un hervidero de luchas, enjambre de ellas e intrigas que no dejaban ánimo tranquilo ni momento de sosiego y seguridad a los ciudadanos pacíficos.

Los derechos de la angélica Isabel (soberana que vino al mundo mal deseada por ramas de su misma familia y aun por regiones enteras del suelo en que se meció su cuna), eran sangrientamente defendidos y protestados en las fértiles campiñas del Maestrazgo y en las montañas vascas, repercutiendo el estruendoso ruido de las batallas en todo el resto de la república.

Desde el cabo "Finisterre" hasta el de "Gata", no había más que dos grupos de españoles: *isabelinos y carlistas.*

Resentidos hondamente estaban la autoridad y el deber a causa de aquellos primeros sacudimientos de la guerra civil, pues por no desamparar las necesidades que ella exigía, hacíase tristemente necesario dejar sin rumbo ni gobierno los cuidados locales dentro de los pueblos.

Siendo menester todo el ejército para sustentar en el trono a la reina-niña, estaban las poblaciones sin guarnición apenas, y aun cosas de tanta responsabilidad y compromiso como la persecución y traslado de criminales, confiábase a gentes que se prestaban voluntarias.

Los establecimientos penales, no muy seguros y no muy celosamente vigilados por jefes y subalternos, que carecían de la necesaria autoridad, eran más que casas de corrección, guaridas legales de malhechores, de donde éstos salían casi sin peligro ni dificultades cuando les parecía conveniente, tomando unos como refugio las banderas de Don Carlos, y otros las encrucijadas y los montes para desvalijar al prójimo.

Así como hasta hace poco delincuente que lograba evadirse de los penales de Africa escapaba al moro, entonces solía acogerse a un trabuco naranjero y encasquetándose una boina, "su rey" le hacía libre.

Las guerrillas son el espíritu de represalia entre los bandos que luchan; la tea que mantiene constantemnte encendida la tea de la discordia; es la barbarie y el fanatismo amalgamados en un solo cuerpo.

Como gente de toda clase y condición las compone, así que la guerra es acabada, los que de suyo son levantiscos y de mala conformidad con la ley quedan en el campo, y si antes con pretexto de una idea lucharon y estuvieron dispuestos a dar generosamente su sangre por ella, después exponen su vida y su libertad por caprichos y fueros de la garra.

De aquí aquellas famosas partidas que hasta mediado el siglo XIX ilustraron los anales del bandolerismo andaluz.

En todas las revueltas nacen a espaldas del Estado, como nace la yedra al abrigo de las tapias, sin que haya una mano que la cuide ni otra que la impida vegetar. Yerba que no tiene simiente ni la ha menester, pues, al igual que los juncos y las espadañas, nace por la proximidad del agua corriente, crece al calor de las pasiones y de las raíces de independencia que lleva en sí todo hombre, aun el más servil de los braceros.

Y braceros del campo y trabajadores de la ciudad eran aquellos temibles piqueros que en Bailén bambolearon las águilas napoleónicas, y braceros del campo y trabajadores de la ciudad aquellos otros que en la campiña alcarreña, en la estepa castellana, segaron a millares las vidas francesas como en el rigor de la canícula segaban la dorada mies que habría de ser pan...

De tal simiente de bravos formóse esta cizaña.

Como ya en plena lucha érales consentido el saqueo, cuando después volvían al estado civil había arraigado en ellos con hondas raíces la costumbre y no podían vivir sin estar haciendo de las suyas constantemente.

Si en este tiempo porque vamos en la presente narración, andaba España tan preocupada con la polémica de su corona ¿qué mucho que todo estuviese manga por hombro y guerrilleros y bandidos tomasen todos una misma hermandad?

La gente de armas había puesto sus intereses en la guerra, que no era cosa de dejar perder una corona por mantener la seguridad ciudadana de un pueblo.

Por estos abandonos, a lo que parece inevitables, pocos, muy pocos, eran las condenas que alcanzaban exacto cumplimiento.

De la cuadrilla de Luis Candelas, comandada por Mariano Balseiro, no había un solo individuo que no hubiese escapado cómodamente del grillete y de la cadena. Seis veces lo había logrado el jefe y cinco el segundo.

Acostumbraban a cambiarse los nombres, aunque teniendo la precaución de que hubiesen los supuestos las mismas iniciales que los verdaderos para que correspondieran con las marcas de ropa y objetos de su habitual uso.

Bueno será advertir al confiado lector, que en lo que detrás sigue no espere encontrar capítulos patibularios ni farragosos párrafos de inverosímiles aventuras, sino una breve crónica de este famoso descuidero, más que temible bandido, que tanto diera que hacer a la deplorable policía del primer tercio del siglo XIX.

No es apología novelesca de algún caudillo o de algún héroe, es la huella insegura que dejó un desgraciado al cruzar por las veredas del mundo.

LA CUERDA DE PRESOS

La vida comenzaba en la villa y corte de las Españas, con toda la alegría que tiene en sí una espléndida mañana del mes de Agosto.

La Puerta de Toledo, cuya mole es baldón ignominioso de la estupidez y servilismo de un pueblo y de la despótica tiranía de un monarca sanguinario y cobarde, era el primer tragadero matritense que gustaba las frescas hortalizas de las huertas carabancheleras y las apretadas carnes de los rebaños que en la tarde anterior pastaban por aquellos verdes prados, bien ajenos de la triste suerte que les esperaba de allí a pocas horas.

La negra y pétrea fauce lanzaba de vez en vez como un erupto, y por uno de sus tres portillos espelía el lastre que le sobraba e iba a quedar en los poblados próximos, o más allá, en las áridas tierras de la Mancha o en los flori-

dos vergeles de Andalucía y Valencia. Después, tornaría hecho trigo manchego, frutas levantinas y flores de Murcia...

Diligencias, rebosantes de viajeros, hasta el último puesto de la *baca*, que salían de las prestigiosas posadas de la "Ursula", del "Dragón", de la "Gallinería" y de aquellas otras de las "cavas"; recuas arrieriles y galeras de comediantes alongábanse Madrid afuera.

Una de las veces, paralizóse por breve espacio el tragar; dió un resoplido aquella gigantesca bocaza y soltó una lechigada de gente de mal vivir.

Podíanse contar muy bien cerca de treinta y llevaban guardas como para ocho; los más de la mezquina escolta eran gente voluntaria sin arreo alguno militar; solamente distinguíales de los encadenados la carabina o el trabuco naranjero.

¡Qué bien hubiera podido lucir con estos forzados del rey su piadosa orden aquel espejo de caballeros, que tan bien quisto en el mejor libro que se ha compuesto en lengua castellana, por todos los lugares de la tierra!

De todas clases, edades y complexiones como en aquella inmortal de la que era perla magnífica Ginés de Pasamonte, había en esta cadena. De juro que no faltaba ni el apasionado amante de una canasta de ropa, recién lavada en las turbias linfas del río, ni el viejo conqueridor de voluntades, como buen discípulo de Celestina, cuyo oficio ahora y siempre fué de tanta necesidad en toda república bien ordenada. Pero, quien de entre todos descollaba y a quien casi todos los madrugadores hubieron de reconocer, fué a un guapo mozo, que más mostraba cara de ir a tomar las salutíferas aguas de Trillo, Sacedón o Solán de Cabras, que las ardientes brisas de Ceuta o Melilla.

De entre un grupo de mirones salieron unas voces que a un tiempo mismo eran saludo y recordación de una promesa a cumplir en plazo fijo.

—Buen viaje, Luisillo.

—Que no faltes.

—Descuidad, que estaré a tiempo. Ya sabes cómo soy hombre de palabra —respondió el aludido con asombrosa firmeza, como quien tiene absoluta seguridad de poder cumplir lo que promete.

Quisieron los guardianes echar tras los del coloquio, pero hubieron de desistir ante el temor de que la cuerda se deshiciera como soga de estropajos.

En verdad, que no era gorrioncillo de cría aquel pájaro que llevaban a enjaular por desmanes de su uña y rigores de la ley, sino pollo de águila caudal que como a tiempo no le cortasen las alas, habría de intentar alzarse con los rayos del sol.

Dos furibundos culatazos, administrados a buen tiempo por uno de los guardianes, hiciéronle volver en su acuerdo y dejar los pronósticos para cuando fuese llegado el tiempo justo de ponerles por obra.

Cierto que el mozalbete, por lo gallardo de la estampa, destacábase del resto de sus compañeros de cadena, y de no conocerle muy bien todo el mundo, no faltara quien pensase que por algún discursillo de café más o menos procaz o por algún resbalón en la "cosa pública" iba a aspirar las salutíferas brisas de Africa.

Su ya larga cadena de procesos estaba compuesta por más eslabones rotos que sólidos, y como nunca llegó a cumplir el castigo impuesto, si no fué el que le quitara la vida, había muy poco cuidado en hacer su oficio siempre que se le presentara ocasión.

Desde 1825, en que fué procesado por vagabundo, hasta 1837, en que sufrió la última condena, y con ella la muerte, no dejó un solo año sin visitar

las cárceles matritenses, para salir de ellas cuando bien se le antojaba sin pedir licencia para ello, ni al presidente de la Audiencia ni al superintendente general de policía.

En 1826, fué aprehendido por sospechoso y no escapó porque en breve espacio le fué sobreseída la causa.

En 1834, fué condenado a diez años de presidio en el Peñón de la Gomera, por robo cometido en la calle de las Huertas; intimidósele a no quebrantar la condena bajo pena de garrote y para mayor seguridad cargáronle de una cadena que habría de llevar constantemente y aun con apercibimiento tan serio como el de la muerte y con tan pesadas razones no tardó en burlar la vigilancia y volver a lo que tan bien sabía.

Nuevamente fué preso con algunos de su cuadrilla, al aquel de habérseles hallado en Cabanillas de la Sierra, con todos los elementos necesarios para practicar su desaprensiva profesión; condenáronle a ocho años en las colonias penitenciarias de Africa, pena que tampoco llegó a cumplir por haber tenido a bien de fugarse al poco tiempo de ingresar en el presidio.

Teniendo, pues, en cuenta estas circunstancias, es de presumir el cuidado que habrían los individuos de la escolta para llegar lo más presto posible con su preciosa custodia al lejano y relativamente seguro puerto.

Lástima inspiraba, ciertamente, la aflictiva condición de este hombre, que habiendo venido al mundo en un hogar honrado, por extravíos y malas compañías de la mocedad se veía en tan tristísimo trance. Arbolillo nuevo de sanas raíces, que manos criminales empleadas en el mal se empeñaron en desgraciar y torcer para toda la vida.

No obstante, desempeñó diversos y honrados cargos en distintas provincias, en las que supo observar el comportamiento más intachable.

Asistió en Madrid al desarme y represión de la Guardia Real, como jefe de los individuos del Resguardo, a quienes mandaba por orden del administrador de la nueva empresa y del gobernador de la plaza.

Poco antes de su muerte, durante la prisión por el delito que le llevó a manos del verdugo, descubrió en la cárcel de Villa, donde estaba preso, una conspiración contra el Gobierno y favoreció en ella a los *nacionales* reclusos que hallábanse en el mismo establecimiento penitenciario.

PALABRA CUMPLIDA

Apenas transcurrieron cuatro meses sobre la escena anterior, y ya el guapo y arriesgado mozo había cumplido su palabra harto al pie de la letra. Y, no era ciertamente aquella promesa hecha a sus camaradas la que pudiera quitarle el sueño, sino Amor que le llamaba, y por tan gran tirano, dueño del Mundo, buscó la libertad....

Aquella menestralilla que tan bien supo encadenarle el corazón, pudo ser el ángel que le redimiera, y muy a pesar de ella, no fué sino el enemigo que le ató las manos, le entregó a la Justicia y le hizo subir la escalera del patíbulo.

Ya Noviembre iba hacia las postrimerías con toda crudeza como él tiene por uso y costumbre, pues siendo el mes consagrado a los difuntos, no parece sino que todo el frío de las tumbas tiene decidido empeño en sacarlo a flor de tierra. En una de tales noches, que llegaba de su trabajo la amartelada moza, encontróse con que el maestro de obra prima que valíale por sumiller de escalera, entregábale una esquela al mismo tiempo que le decía:

—A cosa de las cuatro llegó un esportillero que dejó esto para usted.

Luego de recoger el sobre y dar cortésmente las gracias al cofrade de San Pedro y San Crispín, echó escaleras arriba.

Llegó a su cuarto; por obra y gracia de una amarillenta pajuela, dió fuego al candil, abrió el pliego que ya de antemano por el carácter de la letra conoció que mano querida le había escrito, y leyó:

"Paloma: Tu "gavilán" te espera allá arriba, en el nido de la Plaza de Oriente. No voy por ti porque he llegado esta tarde y sería peligroso el salir a la calle. ¡Qué pena tan grande si volvieran a cogerme sin haber tenido tiempo siquiera de darte un beso! Hasta ahora mismo...."

Loca de contento mató la mortecina llama y corrió escaleras abajo; cruzó calles y calles y la "Paloma" voló al nido en que el "gavilán" la esperaba.

* * *

—¿Esta será la última hazaña?

—Te lo prometo.

—¿Por mi querer?

—Por tu querer. Después, nos iremos lejos, muy lejos de Madrid, de España, a buscar un nido donde querernos, donde no haya ninguna sombra de mi vida actual que nos pueda amenguar el sol del cariño...

—¿Y para eso hemos de marcharnos?...

—¡Claro!

—No, Luis, no saldremos de Madrid, yo no dejo mi tierra; en ella nací, en ella me crié y ni un solo momento quiero dejar de vivir en ella.

—¿Ni por mi cariño?

—¿Qué tienen que ver ahora una cosa con la otra? Por el mío no debes tú pensar en salir de aquí.

—Todavía no ha llegado la hora precisa de discutir esto; tiempo hay de sobra, si me quieres como yo te quiero. En lo que llega ya te irás convenciéndo.

—Puede. Sería la primera vez. Medítalo bien. En España, mi alma, mi vida, mi sangre, son tuyas; pero, fuera de esta tierra en que nací, no cuentes conmigo.

—Mira que lo tengo decidido.

—Pues si lo tienes decidido, ve decidiéndote también a olvidarme. Tómalo como quieras, pero yo aquí me quedo.

* * *

Este brevísimo diálogo fué roto por unos discretos golpes dados en la puerta de la habitación a los que siguió una voz queda que decía:

—Señor Luis, salgan por la puerta de escape y echen por esa escalerilla que da a la calleja de "Quebrantapiernas", que en el portal de la plaza hay dos tíos de esos de la policía, que vienen al olor de unas libras de tabaco conque mi hombre se busca el pan nuestro, o a la husma de usted, que nunca faltan soplones. ¡Maldita sea su casta! No les soplaran a ellos por donde yo dijera...

* * *

Tantas lágrimas como hubo de costar a esta malaventurada y buena moza que en los quereres de Candelas regía, pudieran muy bien haber aumen-

tado en ocasiones solemnes las crecidas del Manzanares, prototipo fluvial de la avaricia y chorrillo de la gente que se lava a dedo.

Aun perdura su buena fama de bonita y airosa, como cumple a las menestralillas madrileñas.

Vió en el bizarro Luis un héroe novelesco, y acrecentadas por el amor las

hazañas bandoleras, a ella que tenía el magín lleno de los asombrosos hechos que cada día topábase en coplas y romances callejeros, compuestos en loor y devoción de los caballistas andaluces, antojósele que aquel apuesto galán era el guapo jaque con quien ella había soñado. Pero, así como le tuvo cerca, todo suyo, entróle miedo del ídolo y las ansias que hasta allí la punzaron de ser heroína de novela, tornáronsele en ruegos de paz.

Fué como la novia del torero, que sirviéndole de cebo para el amor la popularidad, al tenerle junto, no acierta a ver otra cosa que el constante peligro, y no apetece más que al hombre; allá se queda el héroe para recordar a solas que tal circunstancia fué la causa que les uniera.

Así como ésta piensa día y noche en la retirada del matador famoso, aquélla, la de Candelas, no tenía tampoco otra ilusión y era el constante tema de sus coloquios.

—Tan felices como podríamos ser queriéndonos sin angustias ni sobresaltos... ¿Qué necesidad tienes tú de estos aperreos? ¿No sabes un oficio?

A lo que él siempre tenía prevenidos como respuesta una chirigota y un beso.

—¿No te da pena—, respondía ella, luego de que la chirigota era celebrada y devuelto el beso—, no te da pena de que yo, queriéndote como sabes que te quiero, aunque te lo diga poco, no pueda colgarme de tu brazo a la luz del día y pasear muy ufana por todo Madrid? ¿Que no pueda decir que eres mío, porque la sociedad te detesta y la justicia te persigue?

—¿Y a mí que se me da de la gente teniéndote a ti?—respondíale él—. ¿No sabes que todo cuanto hago es por ti y nada más que por ti? Déjame tú que esto siga nada más que un par de meses, y, como se dé bien un "negocio" que tengo metido entre ceja y ceja, en cuanto esté hecho, como nos habrá dado la tranquilidad de la vida para el porvenir, nos vamos a querernos muy lejos.

—Huir, no; nos quedaremos; ya te he dicho que yo no abandono Madrid.

—Pero, ¿cómo es posible, si éste "asunto" será el más audaz y arriesgado de cuantos llevo hechos hasta la fecha? Figúrate, toda la policía de España se echará en mi persecución. Nos iremos lejos, muy lejos, donde nadie tenga la menor idea de que existe un aventurero que se llama Luis Candelas; trabajaré honradamente si ese es tu gusto, aunque verás como no habrá necesidad de ello, porque saldremos bien, a salvo de pedir limosna...

Aun faltan meses—, terminó ella—; dejaré de ser quien soy si en todo este tiempo no he logrado convencerte. Y si desgraciadamente no es así, sintiéndolo con todo mi corazón, y llorando lágrimas de sangre, no habrá otro remedio que partir el camino.

EN LAS ZAHURDAS DE BACO

Baco, que fué en compadrazgo con Venus perdición del Olimpo, así como dejó aquellos sagrados lugares hechos república, aposentóse en la tierra, y tal embrolla y desgobierna estados y familias, que no trae cosa con seso.

Coronado y vestido de pámpanos y vides, no dejando a las veces más de una hoja de parra para la gran señora, madre de Cupido y madrastra de los Siete Pecados Capitales, ándase a su talante y satisfacción como sinvergüenza que no tiene cosa que perder y hace suya la tierra que pisa.

Acaso con aquella otra deshonesta majestad, es el único dios gentil que al través de los tiempos conserva templos y ermitas en donde se le venera y reverencia.

Hartos de ellos hay en cada calle de Madrid, y de más de una sé yo que, desde el comienzo al final, contrapeadas, como tablero de ajedrez, álzanse una colmena de abejas y un enjambre de mosquitos, y de vez en vez háceme cortesía y se visitan sin ceremonias ni etiquetas, que nada tienen que guardar ni respetarse unos a otros.

Entrabais por la plaza de Santa Cruz, esto allá por los lejanos años de 1835 a 1837, y bajando por la calle Imperial, breve y angosta vía que une la dicha plaza con la manolesca calle de Toledo, dabáis en una tabernilla mezquina y mal acondicionada.

Dos piezas forman el local para el público que bebe, paga y se va.

En la tienda y trastienda "olorosos" y menguados "quinqués," que por el entonces eran invención modernísima, desde las postreras horas de la tarde hacen como que alumbran entrambas estancias.

Más tarde, en los establecimientos de este género aceptóse el gas, y en algunos, los más elegantes, el agua corriente en los lebrillos.

Un hombre, gordo y pesado por el exceso de volumen y con trabas de reuma, (que esto suele llevar de regalo quien mucho anda con el agua,) es quien regenta aquello, teniendo por ayudante a un chico recio y rechoncho, que sirve a la parroquia, y cuando hay quien a más que a beber se arroja, pasa recado a la cocina. "que está al fin de un largo y angosto pasillo", gritando a voz en cuello:

—"Un real de guisao con copete, que es pa un gallego."

En la trastienda, las asiduos parroquianos matan el tiempo con el "noble" juego del "tute", los no menos "señoriles" de la "brisca" o el "mus" y entre los sobados e incoloros naipes traen más grasa que el insípido guisote que ha de comerse el hambriento galaico.

En un pasillo largo y lóbrego que a la cocina conduce, a manera de celdas, están las habitaciones de la tabernera, que hembra con agallas de macho es la alcaidesa de este burdel, y en uno de estos aposentos, al que por pieza de respeto pudiera tenerse, sirve de salón a tal cual sociedad recreativa, que así para desorientación infantil de la policía acontece ogaño denominarse los garitos.

En esta acreditada tasca de la calle Imperial, no había menos que la bien montada oficina de los bienes ajenos, dirigida por el famoso ladronzuelo en corte llamado Luis Candelas.

Pepa la de Villena, Juan Mérida, Pepe "el del Peso," "El Ignacio" y Pablo "El Mañas," componían la distinguida concurrencia que en el preciso momento de comenzarse esta verídica historia ocupaban el "domicilio social."

Cada uno de por sí, según la cantidad de ladrones que llevaba dentro, pudieran muy bien llenar una cárcel, y puestos al servicio de las naves que hacían travesía para Cuba y Filipinas, moverlas y zarandearlas a su sabor con más impulsos que el viento.

Pepa la de Villena, en ausencia del jefe de su hombre, dábase humos de autoridad y era quien en el corro llevaba la voz cantante; y algo entiéndese que debía valer el respeto rendido a los años, pues bastantes había que pasó de ser una real moza, aunque de ello conservaba así en la faz como en el garbo muy honrados vestigios.

—Creedme a mí—decía—, sois unos mandrias. Ya no hay hombres ni pa una cosa ni pa otra, sacando de los nuestros a Luis y algunas veces al mío; con los demás, no tengo yo ni pa desayunarme la mañana que me equivoco y en lugar de ponerme las faldas me pongo los pantalones de Paco.

—¡Allá va la cicló... exclamó el del "Peso"—, no parece sino que tú, don Nadie, vino al mundo en algún encargo especial. ¿Qué tiene un hombre más que otro? ¿Me quieres decir? Manos para robarle la respiración a una hormiga, sabes tú que las tengo como el primero; agallas pa cortarle el pescuezo al caballo grande de el "Retiro", no ignoras que si no es Candelas, las

tiene aquí hasta el chico del mostrador, de modo y manera, que menos lengua y más sesos pa medir lo que se habla.

—Y a pies pa salir corriendo en cuanto que oleis a un "chota," no os ganan ni las postas de Palacio. ¿Qué tanto postín, si toda la fuerza se os va por la boca?—dijo Pepa la de Balseiro, entrando hecha un brazo de mar, y luego, como si lo más urgente hubiera sido la rociada—. Santas y buenas noches nos dé Dios. ¿Y esos?

—Están a lo del espartero—respondió la coima de Villena—, terminando de desprenderse del mantón que tenía caído hasta la cintura.

El chico de la taberna apareció preguntando a la recién llegada:

—¿Qué va a ser, señá Pepa?

—Cuando quiera ya lo pediré, niño—, respondió—, por lo pronto que te marches y cierres la puerta, que aquí no hacen falta testigos de vista...

Era Pepilla la de Balseiro una buena hembra, como de veinticinco a veintisieteaños, y cierto que, según cuentan las crónicas, valía la pena de echarse por ella a un camino.

Continuó tirado el diálogo, siendo todo lo que se habló no más de quejas contra la mala marcha de los negocios y calamidades de la guerra. Si quería hacerse un alijo medio decente era necesario salir a los caminos a esperar a las diligencia, las postas y los arrieros incautos, pues como pesaban tanto las alcabalas e impuestos para el sostenimiento de la fratricida lucha, la gente de la ciudad que pudiera ser robada ponía su dinero a buen recaudo y costaba Dios y ayuda el arrancárselo por las buenas, pues más de cuatro veces fué necesario sangrar.

—Y, esto, sin que el jefe se enterase—, apoyó "el Ignacito" en voz muy baja, como si hubiese recelo de que el eco de sus palabras pudiera llegar a oídos de su superior jerárquico.

—¡Gallinas! ¡Puaf!—exclamó despectivamente la de Villena, escupiendo como asqueada—. ¡Señoritas! ¡Ay, sangre no! Si os cogen, lo mismo vais a la trena, porque aunque no "mojéis" os pringáis... Cuando hay que "mojar" se "moja," si la entregáis, angelitos al cielo. Más lucidos estaríais y sobre ello, otro gallo nos cantara a todos. ¡Que no hemos de salir nunca de pobres!... ¡Pajolera vida! Para pasarlo arrastradamente, lo mismo me daba seguir con la aguja en la mano día y noche, y que no hubiese "doblao la esquina" el que pudre.

—Pues, mira tú—replicó la de Balseiro—, en eso sí que es "herrada" pero, que de las cuatro, la sangre pa las morcillas y pa los tísicos, porque, ¿qué puedes sacar de eso si te atrapan?

—Las manos sucias, pero para eso hay agua.

—No tienes más remisión que el palo, y una hora cortita.

—Mira tú esta. Puede que te pienses que si nos los pesdan en el "fregao," les van a dar tetita. ¿De que te piensas tú que la vas a entregar? Lucero, pues de una afección a la garganta.

—Y, ¿tú con palma? ¿Verdad?

—Yo no me hago ilusiones; de algo se tiene una que morir, ¿qué más da que sea de esta manera o de la otra? Ahora, que si pudiera ser de parto como la novicia del cuento, no te pienses que iba a escoger el baile de San Vito.

—Pues mire usted, señá Pepita—habló Juan Mérida—, lo que es al curita de la calle de Preciados, si no está el señor Luis delante, le echo un viaje de los que no tienen vuelta; así y todo le largué una coz hacia la cueva del flato, que mucho hombre tiene de ser si sale de sus resultaos. Le estábamos atando con

mucho miramiento y ceremonia, y, ¡sea su alma! no sé cómo se las compuso, que aquí en el hombro llevaré mientras viva clavaos sus dientes de jabalí. Y, luego, chillaba como un condenao. Le digo a usted que no sé cómo no nos echaron mano.

—Tiene razón Juanillo—arguyó la más respetable de las amazonas, y volviéndose hacia la otra repuso—; tu hombre está en lo cierto también.

—Aun parece que estoy presenciando aquello—prosiguió Mérida entusiásticamente—; para mí, era el primer negocio cuasi serio en que me veía, pero le tomé con un entusiasmo, con un ahinco... es lo que tiene; en cogiéndole ley al trabajo, no hay nada mejor. Yo, antes, era un vago y haragán incapaz de ir de aquí hasta la puerta de la calle por no moverme, pero, lo que hace ahora, más pesaroso y requemao estoy de que no me hayan dejado meter baza en lo del espartero, por aguardar aquí al "Retales" de la costurera...

Paró un breve espacio la charla como para tomar alientos, y comenzó por

centésima vez la crónica del robo al cura Tárrega, la cual fechoría era de las más brillantes y gloriosas que había llevado a cabo la partida.

Escuchábanla todos con ejemplar atención.

Hablaba Mérida:

—"Yo no sé cómo el señor Luis se enteraría de que el padre aquel tenía "mosca", porque el caso es que le veíais por la calle y daban ganas de darle una limosna. Más grasa que sus manteos no la hay en las cocinas de "Botín". En fin, voy a mi cuento que pica en historia. Fué el 28 de Enero de este mismo año de 1837, a cosa de las seis de la mañana—las buenas obras manda Dios que se empiecen tempranito—, me aposté en la calle de Preciados para atisbar a la criada, que poco más tarde acostumbraba a salir a la compra. Me resguardé en el portal de frente al cincuenta y siete, que es la casa, y, en efecto, minutos después de las siete sale mi buena alcarreña; entonces yo largo un silbido pa llamar a los nuestros que estaban en la calle de la Ternera, y duro con el presbítero. El señor Luis y el señor Mariano entraron los primeros, luego de que Paquillo "el Sastre" metió la "poderosa" por la juntura de la puerta, y saltó limpia la cerradura. Nostramo, que es más divertido y más "salao" que ese comediante del "Príncipe", que llaman Guzmán, llevaba puesto un gorro de cuartel y entró cantando aquello de:

"Levántate carcunda
que las doce son..."

El teniente, más vivo, ya para dar miedo o bien por si las cosas venían mal dadas, llevaba a punto la albaceteña. Nos repartimos para el registro y demás operaciones necesarias tocándome a mí amarrar al curilla, y entonces fué cuando el maldecido me atarazó el hombro. El muy gallina cantó de plano y entregó las llaves. De pronto, entraron todos con un fardo enorme que no era menos que el ama; la tumbamos a los pies del páter y la "dimos cuerda" "pa" un rato largo. Uno de nosotros, no me acuerdo cual, me parece que fué "el Mañas", se quedó celándoles tan y mientras que nosotros liábamos el equipaje. En ello estábamos cuando llegó la sisona; yo abrí la puerta y apenas estuvo dentro de la casa la embaulé dos varas de trapos en la boca y a dormir con los abuelos.

—Y ¿qué fué ello?—preguntó la de Villena, que parecía gustar de que la regalasen el oído.

—Pues en total—respondió el minucioso cronista—, y esto usted tiene motivos para saberlo mejor que yo—, tres relojes de oro, uno de ellos de esos de campana que dan dos veces, sus correspondientes cadenas de sello, un sin fin de cubiertos, y en "pasta", de oro, plata y cobre con los retratos de Isabelilla la guapa y de su señor padre, ya difunto, como seis mil reales; añádase a todo esto buen golpe de pendientes, pañuelos y ropas de lo mejorcito que han visto mis ojos. Si más parecía que nos habíamos metido en la casa de una bailarina que en la de un cura. Lo más chusco del paso, según lo que dijeron después los "papeles", fué, que como al amarrar a su reverencia no lo hicimos en broma, hubieron de estarse todos tres más de hora y media en la cama, hasta que el hombre, a fuerza de patalear, pudo desasirse y hubo de subir en calzoncillos y con las manos amarradas a la espalda hasta el piso de encima a que se las desataran. Debió ser un paso de risa.

—Pues parece que el negocio de esta noche, no será dos cuartos de escarola—dijo "el Ignacito".

—El tío ese de las sogas—apoyó la de Villena—, no está mal forrao; yo os aseguro que no han de venir ellos con las manos vacías.

—Este pelmazo de "Retales" ¿cuándo querrá asomar la "jeta"?—habló Juanillo a fuer de molesto por la tardanza del "personaje" a quien esperaba—; él tiene la culpa del plantón que nos estamos llevando esta noche.

—Y menos mal—arguyó la Pepa—, si aunque venga tarde trae alguna buena noticia, que aun puede llegar a deshora y mojao.

—Tienes razón, porque ya el dichoso asunto huele que apesta.

—Para últimos de mes quiere el jefe que esté dao de mano.

—No se presenta la "cosecha" mal del todo—replicó el del "Peso", tras de apurar de una enorme chupada el último resto de una tagarnina de a cuarto.

En esto, como si el truhán que esperaban acudiese por la fuerza del conjuro, abrió la puerta y se sumó al "cónclave".

Tampoco fué muy cumplido el recibimiento que le hicieron, pues que cada uno hubo de encontrar un "cortés" recibimiento para disculparle la tardanza, pero pronto se dió él trazas para acallarles repartiendo unos cuantos cigarros, que no hay cosa que tan bien amaine los fueros, aplaque las discordias y estreche las amistades, como el humo del tabaco.

El nuevo cofrade o agregado de la aprovechada orden representaba unos treinta y tantos años, era su aspecto entre sacristán o agente del resguardo.

Tomó asiento junto a las hembras y luego de mirar mucho a la más bizarra de entrambas, dijo acompañando la frase de un prolongado suspiro:

—¡Ay, quién fuera el señor Mariano! Todos los perifollos, pamelas y cintajos que mi ama hace "pa" en "ca" el Palacio Real, no iban a tener otra reina que usted.

—Mira tú qué "finolis" viene hoy "Retalitos"—comentó la floreada.

—Es de muy buena familia—replicó la otra "dama".

—La crema de lo fino—apoyó Mérida.

Y remató la de Villena:

—Como que a su padre le ahorcaron y a su madre le dieron garrote.

—Y si a ellos no fué así—argumentó "el Ignacito"—aquí está él "pa" procurar que eso no sea un falso testimonio "levantao" a su casta.

... ...

Y en esta desaprensiva y animada manera iban charloteando de sus cosas mientras esperaban la llegada del "general en jefe" acompañado de su estado mayor.

EL ROBO AL ESPARTERO

Muy otros y arriesgados eran los arriesgados y famosos hechos dignos de andar en coplas y en romances que la "hermandad" corría en aquellos precisos instantes allá por los encuestados arrabales de la "Morería".

El golpe era de los buenos, de los que dan medio año de vida, sin tener el meollo ofuscado por la negra preocupación del diario yantar.

Desde que el Sol comenzaba a tener sueño, ya era dicha calle poco más que un pasadizo del Sahara, y solamente el vociferar de los muchachos y algún perro escandaloso o castigado interrumpían el triste silencio en que el vespertino crepúsculo se envuelve.

En siendo noche cerrada no había valiente que se aventurase por aquellos andurriales, y los pocos y modestísimos establecimientos se satisfacían las necesidades del vecindario en sintiendo el toque de ánimas en la parroquia de San Andrés cerraban sus puertas.

En la tarde anterior (9 de Febrero), presentáronse en la espartería de Ci-

priano Bustos dos individuos que ajustaron unas cuantas cargas de cuerdas, dejando diez reales como señal de la compra hecha.

La tarde siguiente, próximamente a la misma hora, volvió el uno de los dos sujetos preguntando si su compañero había pasado a recoger el pedido, respondióle que no el muchacho de la tienda, que era quien a tal hora la regentaba, por el aquel de encontrarse fuera el dueño.

Entonces el parroquiano quedó en volver a las ocho y media de aquella misma noche que era la hora precisa en que el espartero tenía señalada para cenar.

... ...

No bien los compradores habian traspuesto la puerta, cuando tras ellos entráronse seis o siete hombres, todos armados.

Uno de ellos vestía uniforme de miliciano y gritaba como si estuviese poseído por todos los demonios del Infierno. Iban, según decían, en persecución de aquellos dos malandrines sinvergüenzas, que eran nada menos que dos generales carlistas, que pretendían escapar de la policía a toda costa.

Dos o tres de los perseguidores abalanzáronse sobre los supuestos facciosos e hicieron ademán de amarrarles. Mientras, otros cuantos, metiéronse por las habitaciones interiores diciendo que era seguro que en ellas habria de haber más gente oculta.

El que fingía ser cabo de la milicia ciudadana, hizo entrar a Bustos y a su familia en otra pieza, y apenas pisaron el umbral de ella se vieron maniatados.

Amenazáronles de muerte y les pidieron cuanto dinero tuviesen en la casa.

—¡Qué cuanto haya!—dijo a esto uno de los bandidos disfrazados, echando a un lado al que haçía la petición—, para mimos es esta gentuza; te dirán que no tienen mas que lo que les cojamos encima.

Y encarándose de lleno con el infeliz comerciante como quien pide agua, pidióle de golpe y porrazo dieciseis mil duros...

El lacerado gemía y juraba por Dios y por su madre que cómo era posible que pensasen que un pobre obrero que vivía exclusivamente del producto de su humilde trabajo pudiese poseer tan crecida suma, más propia de una casa de banca. Pero, el "pedigüeño" a cada protesta y negativa de su víctima, no hacía sino tirar bárbaramente de las cuerdas que sujetábanle las muñecas.

Quejábase el infeliz menestral tan cruelmente sometido al tormento, pero no soltaba una palabra en la que pudiérase columbrar letra de dinero.

Al fin la mujer (que siempre ellas han de pecar por adelantadas y habladoras) entregó las llaves de unas gavetas.

Apenas los apetecibles hierrecillos guardianes cayeron en manos del "cabo de la milicia", abalanzóse al mueble que hacía oficio de caja de caudales y en un decir Jesús le destripó tan bien, que la dejó sin alma.

Y eran las tripas, alhajas y dinero por valor de más de sesenta mil reales.

Luego de que dejáronles con lo puesto, por mucha misericordia les amordazaron a todos, y para reparar un tanto las fuerzas perdidas en la penosa tarea tomaron un refrigerio de bollos y aguardiente, con lo que dieron por terminado el duro aperreo, que este anatema de ganarse el pan con el sudor de la frente, aunque sea traído por la sutileza de las manos, lleva el hombre escrito desde aquel memorable día que por seducciones de una mujer aprendió la amarguísima ciencia del bien y del mal...

La media de las once acababa de sonar en los vecinos relojes de la Casa-Panadería y de Santo Tomás, y aún en la estancia tabernaria, aposento oficial de la orden de la garra, proseguían los aprovechados personajes que calaran una hora antes, y ya alguno de ellos, aburrido de tanto charlar sin provecho, había encargado el esparcimiento de su murria a las ardientes lágrimas de Chinchón y de Cazalla; tal otro departía estropajosamente en otra mesuca con la copa vacía y churretosa, la cual, acompasadamente, según requería la marcha de su nublado monólogo, golpeaba, arrastraba y brincaba por la viscosa superficie del tablero pintado de color chocolate con agua...

Una de las honorables damas, Pepa la de Balseiro, tomaba el pulso a media voz a unas "malagueñas" recién llegadas por el entonces de la propia Caleta, dejándolas de vez en cuando para glosar con los pies y los graciosos "pitos", el último bolero que había visto bailar a la Paquita Carmona.

Los demás circunstantes proseguían cansinamente la narración de los "valerosos" hechos de que estaban sembrados sus vidas, y la de Villena, con la mugrienta cartografía entre las manos echaba lebreles a su porvenir.

En tal pacífica arcadia vivía la buena gente como el Rey en sus alcabalas y el anacoreta en la soledad, cuando abrióse la puerta. El que llegaba era, por decirlo así, el prioste de tan honorable hermandad.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó apenas pasó del umbral.

—Ninguna—, respondióle por todos uno de los subordinados.

Detrás del jefe venían cinco o seis subalternos de la mejor madera para rellenar presidios.

Tres o cuatro de ellos, pasaron a lo largo del pasillo.

Iban envueltos en largas pañosas, bajo las cuales dibujábase el contorno de muy voluminosos impedimentos.

—Eso, a su sitio—, mandó despótico el que en aquella cuadrilla hacía oficios de segundo cabo—. Si queréis después tomar una "limpia," venid tan pronto como desocupéis, y en tomándola, cada mochuelo a su olivo, que para mañana hay tela cortada de largo...

Dadas las órdenes, entró el dictador de ellas, cerrando la puerta tras sí.

La punta del puro, que mascaba rato había, hizo un alto en su humeante oficio; tomó el quinqué la vellosa y membruda mano, con lo que por un instante quedó la estancia medio en tinieblas, y aplicándola al cigarro comenzó a arder nuevamente. Fuese el hombre junto a la buena moza y echándola en pleno rostro toda la bocanada de humo la dijo:

—Toma, ¡chata!, para que se te quiten los colores de la vergüenza.

—Echa, hijo, echa, que falta te hace que se te vayan unos pocos humos—respondió la maja, casi ahogándose por la fuerza de la humareda.

Era un buen mozo su Mariano.

Luis, jefe, dictador y maestro de aquel claustro, también era un gentil hombre. Su edad aun no llegaba a los treinta años, aunque los ajetreos de la mala vida hubiesen marcado más en su rostro, como si el destino se recreara con la ironía de marcarle el tiempo que no habría de alcanzar.

Ciertamente, que entre los demás, destacaban su distinción y modales, que eran como de persona educada que hubiese caído fuera de la sociedad.

La parte más distinguida de la persona eran las manos.

Manos blancas y pulidas de señoril corte y refinada elegancia.

Adornábanla muy costosos anillos y así más que las villanas manos de un cofrade de San Dimas, parecían las de un procer envuelto en pergaminos.

Dijérase que natura, picándose de socarrona, cuidóselas y adornó como instrumentos del trabajo que habríanle de servir para ganarse la vida, así como gusta de adornar con abundante pelambrera las cabezas de los poetas, las piernas a las bailarinas, las espaldas a los mozos de cuerda y los pechos a las amas de cría...

En sus azules ojos había de continuo una amable expresión de dulzura y más parecía su boca hecha para decir madrigales a románticas damiselas, que para comandar bandoleros.

—Luis, desde las nueve tiene usted visita—le dijo la de Villena.

—¿Quién?—preguntó éste.

—También es memoria la del hombre—replicó aquélla—, ¿quién quiere usted que sea, más que el trota-calles de la madama?

—Cierto, que con las glorias se me van las memorias—arguyó Candelas, volviéndose de cara al sitio en donde el mozo esperaba un poco amodorrado

por la copiosidad de las libaciones blancas que llevaba hechas desde el punto y hora en que entró en al tasca.

Preguntó Luis a su segundo "de a bordo", si habría habitación libre donde hablar con aquel individuo, pues como era preciso tratar el plan de nueva batalla no estaba bien discutirle y madurarle delante de las "fuerzas."

—Si no le hay, se hace—respondió Balseiro jactanciosamente y con humos de amo de burdel—. ¿Acaso aquí manda y dispone alguien más que nosotros? Ahí está la alcoba de mi cuñada que no ha de valer solamente para dormir y lo demás que se tercie. Vamos.

Y echando él delante, salieron todos tres de la habitación.

PLAN DE ATAQUE

Balseiro guió a la pieza indicada. En el pasillo topáronse con su parienta.

—Necesitamos tu alcoba—dijo aquél—para tratar en secreto de un asunto importante. No tendré necesidad de recordarte que ni el gato tiene que pasar por la puerta. Creo que te he dicho bastante...

La individua, encogióse de hombros por toda respuesta y alargóles la llave de la habitación.

No "en una anchurosa cuadra", como dice el famoso romance del duque de Rivas, sino en un estrecho zaquizamí, en cuyo centro, como estrado, privaba una cama de matrimonio más alta que un túmulo y tan amplia que los "solares" de más de dos patrimonios pudieran mirarla con envidia.

Un par de sillas de paja y un sofá destartalado, que acaso fué nuevo cuando el buen rey don Cárlos III vino de Nápoles, componían el resto del mobiliario.

... ...

—Bien, Nicolasillo, y ¿qué hay?—preguntó Candelas al mozo tan pronto como se vieron sin testigos.

Y entablóse el siguiente diálogo, que para mayor claridad va trasladado con los nombres de las personas así como si fuese paso de comedia.

Nicolás.—Todo está ya arreglado. Tal y conforme mandó usted.

Candelas.—¡Buen chico!...

Nicolás.—Pero, por Dios, que no me pierda, señor Luis. Mire que no quiero volver al "estarivé", que aquella es muy mala vida, y ya que a fuerza de privaciones ha vuelto uno a ser lo que era, maldita la gracia que tendría el que viniese el demonio y todo se lo llevase a los infiernos.

Balseiro.—Al grano. "Retales", y menos retórica. Después de todo, cada uno está bien en el sitio que debe estar, y tú estarías en presidio que ni pintado...

Candelas.—Bueno, a lo que importa.

Nicolás.—Pues que mi ama todavía no ha recibido de Francia la carta que hace tiempo está esperando de su hija; así que tiene el alma en un hilo, porque teme que la señorita se encuentre enferma. No sueña más que con el correo. Mañana, a las cinco, se quedará completamente sola en la casa. ¿Me entiende? A esa hora, yo creo que puede darse el embite satisfactoriamente para todos.

Balseiro a Candelas.—Por mí ya sabes que lo que tú hagas, hecho está.

Candelas.—Quedamos en que el correo de Francia se llama Esgaris.

Nicolás.—Sí, señor, y es francés.

Candelas.—¿Qué gente suele haber a esa hora en la casa?

Nicolás.—Pues hágase usted cuenta de que nadie, como quien dice, porque estamos una muchacha que se llama Mariana Rodriguez, mi mujer y yo.

Candelas.—Bien. Pues a las cinco, todos allí.

Balseiro.—¡Ah!, y que no se te olvide de que tú respondes con el pescuezo de cualquiera gatada.

Nicolás.—Señor Mariano; pero, ¿a estas alturas va usted a tomarse la molestia de dudar de mí? Ni que fuera uno un sinvergüenza capaz de cualquier infamia. Vamos, que no pagaría con "el palo".

Balseiro.—Yo por tu bien te lo digo. Respecto al jefe, ya sabes que sale de todas partes, y en lo que hace a mí, aunque fuese por no quedar mal, no habría de ser menos, y créeme, donde te echase la mano encima, allí habías acabado de hacer charranadas.

Candelas.—Paco, "el Sastre", hará de correo provisional, fingiéndose camarada de ese otro. ¿Cómo has dicho que se llama?

Nicolás.—Esgaris.

Candelas.—Así de como abran la puerta, otros tres, que podrán ser los que te parezcan de más confianza, uno de ellos con uniforme de teniente coronel y yo que iré de majo decente, nos colamos fingiéndonos de la policía, y que vamos con mandato del jefe político, por haber tenido denuncia de que allí se comete delito de espionaje, y lo demás ya saldrá por su propio impulso; ello se vendrá a la mano.

Balseiro.—Ya sabes que en los juegos de azar, la ganancia suele encontrarse en la sorpresa.

Candelas.—¿Y el plano del piso?

Nicolás.—Aquí está.

Balseiro.—¿Quién le ha hecho?

Nicolás.—Yo. Ya sabe usted que en presidio se aprende de todo. No hay academia como la cárcel...

Y diciendo esto sacó un pliego de papel en que iba exactamente trazada la planta del terreno en que habrían de "operar".

Balseiro. — Ya puede mi señora, doña Vicenta Mormin, afilar la aguja en los vestidos de Su Majestad,

Poco más hablaron.

Salieron todos, y fuera de la taberna, Candelas dió a Balseiro la orden para el día siguiente.

Luis echó hacia la plaza de Palacio, en donde Amor, nuestro señor, concedíale una larga audiencia cada noche...

EL PRINCIPIO DEL FIN

De aquel golpe, con mucha antelación premeditado, esperaba toda la cuadrilla permitirse hacer un alto en sus peligrosas correrías, saliendo de la Corte, a disfrutar por algún tiempo de la vida sin azares ni cuidados de encontrarse con la policía.

Luis, atendiendo a los insistentes y sinceros ruegos de su amada, acariciaba la ilusión de que tal hazaña fuese el epílogo de sus afortunadas andanzas por los feraces campos de lo ajeno.

El Amor es musa de todo lo bueno y de todo lo malo que acaece en el Mundo.

Por él escalan los genios privilegiados el trono de la inmortalidad y por él descienden a las mazmorras los delincuentes.

Búsquese en toda obra maravillosa y en todo delito y se encontrará a la mujer...

* * *

Antes de las cinco de la tarde, lo más florido de la partida esperaba por los alrededores de las calles del Carmen y de la Salud.

En la forma planeada que ya nos es conocida, comenzó el asedio y llevóse a cabo el asalto.

Así como entró el fingido correo, colaron tras él convenientemente disfrazados Candelas, Balseiro, Villena, el del "Peso" y Paco "el Sastre," como agentes secretos de la policía.

Por pura fórmula y para mejor disimular la emboscada, fingió "Retales" pedir licencia a su ama para franquear la entrada al correo portador de la tan ansiada carta.

Sin ceremonia ni permiso alguno, pues ya es sabido como después de mucho preparado con inútiles mascaradas, Candelas operaba bruscamente. penetraron Luis y Balseiro en el gabinete donde hallábase madame Mormin.

Fingiéndose graves funcionarios policíacos, sometiéronla a un estrecho interrogatorio acerca de la correspondencia que constantemente mantenía con la capital del vecino reino.

—¿Con qué derecho allanan ustedes el domicilio de una mujer de bien? —preguntóles enérgica la sorprendida señora.

—Con el que nos confiere el señor jefe político de la provincia—respondió el que mentía grado de teniente coronel del Ejército.

A lo que respondió la dama sin abandonar su varonil entereza:

—Perfectamente, pero sepan que en mi casa no se hace registro de ninguna especie sin que intervenga el alcalde de barrio.

Entonces conoció Candelas que se hacía preciso ganar tiempo y respondió que de nada valdría la presencia de tal autoridad, pues en la escalera esperaban más de doce hombres, que impedirían la entrada de cualquier intruso.

Mas la señora, despreciando la que entendía ser bravata, sentóse ante un secreter para escribir el aviso que era preciso enviar al dicho ministril.

Y este fué el momento que aprovechó Candelas para sujetarla por la cabeza y ponerla un pañuelo en la boca, en tanto que Balseiro cerraba las maderas de los balcones para que la estancia quedase en la penumbra.

Ahogábase la infeliz señora por la brutal presión de la mordaza y rogó por señas que le fuese aliviada aquella angustia, prometiendo que no gritaría.

Accedieron a tal petición los malhechores, pero con su mismo pañuelo de seda sujetáronle las manos.

Luis Candelas llevaba a tal extremo la galantería cuando en sus hazañas tenía que entendérselas con mujeres. Amarrábalas con cintas de seda y acostábalas sobre mullidos almohadones, si los había en la casa.

Así mandó que hiciérase esta vez, echando a la víctima sobre unas magníficas capas que se hallaron a mano.

En las ropas de la regia costurera fueron encontradas las llaves de todos los muebles, y acto seguido dióse comienzo al saqueo en toda regla.

Como guarda de la saqueada quedó el mismo Luis; ello constituía importante y delicada operación que no gustaba de encomendar a nadie.

* * *

En lo más empeñado del asunto hallábanse los amigos de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, cuando comenzaron a llegar las habituales visitas de madame Mormin, a las que muy corteses y silenciosos hicieron éstos pasar al mismo aposento en que tan desdichadamente hallábase la ilustre artífice de los trapos cortesanos y antes que hubieren ocasión ni de mostrar asombro, como por arte de encantamiento hallábanse en la misma situación angustiosa que el ama de la casa.

A más de una impresionable damita que en el teatro del "Príncipe" se le metía el corazón en un puño viendo representar a Carlos Latorre aquellos tremendos melodramas recién importados de Francia, costóle este otro aderezado sin efectos ni tramoyas poco menos que la vida.

Cosa de una hora permanecieron los ladrones en la casa y en todo este tiempo, no hubo vecino que se percatara del suceso, pues ni aún el portero del portal interior que daba a la calle de la Salud, llamóle la atención el ver individuos que salían con cajas y líos de ropa, entendiendo que eran encargos terminados que íbanse a entregar.

Así de como los foragidos no hallaron cosa que les conviniera llevarse dispuso el jefe la retirada no sin antes hacer la bojiganga de atar a "Retales" de pies y manos.

—Señor Mariano—decía este a Balseiro mientras le amarraban como si la cosa fuese de veras—. Supongo que no me olvidará usted.

A que respondía éste apretando las ligaduras de firme:

—Ya ves que no, puesto que te amarro para que aparezcas también como víctima inocente.

—Digo, al otro respecto de lo que tratamos.

—¡Ah!, bien...

—Porque supongo que no dejará usted de reconocer que me he portado como los buenos.

—En la taberna te lo entregará mi cuñada. Procura ir antes de anochecer por que tomaremos soleta en seguida.

—Ya supongo que no se esperarán ustedes a razones. Los diez mil realitos, ¿eh?

—Sí, hombre, y un pito "pa" que chifles.

—Señor Mariano...

—Me llaman...

—Pero, ¿es que ahora se va usted a volver atrás de lo dicho? Eso no es lo tratado.

—Charranadas que hacemos los hombres. ¿Qué quieres? Si te hacen quince onzas, ya sabes donde las tienes.

A lo que replicó Villena:

—Y si no le parece bien que las deje, que eso más se repartirá entre todos.

Y protestaba "Retales."

—Esta es una mala partida impropia de personas decentes.

A que respondió burlonamente Candelas:

—Si dices que mi partida es mala, te acogoto como a un perro... Silencio y aguantarse.

Balseiro, durante el breve diálogo apretaba los cordeles con más fuerza.

—No sea—decía—, que ahora este jabato salga de naja y se "chive" y nos haga la merienda pa el viaje...

Por último, tapáronle muy bien la boca y tras ello salieron, dejando así terminado el primer acto del drama que tan desastrosamente y con tanto aparato habría de acabar para el personaje principal.

Muchos miles de duros costó esta representación, pero adviértase que ella fué el asidero por donde se hubo de echar mano a toda la peligrosa cuadrilla, yendo sus arrojados jefes a ensombrecer con sus mutilados despojos las encrucijadas de los caminos reales...

DE HUIDA

Momentos después de la hazaña, como ya lo tenían todo dispuesto, salió descaradamente la cofradía de la garra por la puerta de San Vicente, sin que policías ni transeuntes llegasen a reconocerles.

—Esperadme antes de llegar a la Puerta de Hierro; voy por lo que me hace falta para que el viaje no se me haga pesado. Sin ello no podría pasar de Pozuelo...

Y echó rápidamente hacia el lugar en donde tenía por costumbre citarse con su querida.

Iba contento, más que por lo bien que había salido el negocio, por que su buen éxito traíale por cabo el poder escapar con la mujer que era todo su cariño.

Una vez fuera de España, ¿quién sabría si ciertamente podría amainar el borrascoso viento de su vida, que estos milagros gusta. muchas veces hacer el truhancillo rapaz de la venda?

Contra todo ruego y todo justo razonamiento resistíase la moza a seguirle, hasta que casi a la fuerza y mudando los arrullos en amenazas, hubo de arrancarla violentamente de su hogar y asentarla a la grupa de un brioso caballo, el cual partió como una centella a unirse a los que esperaban en el camino de "El Pardo."

EN EL GARLITO

Y cuando Amor quiso arrullarse al son de las onzas y de los doblones aconteció, que no pudo. Los rabiosos lebreles de la policía seguíanle muy de cerca, y fuéle forzoso buscar la salvación en la huída.

La hembra, así como vió que el macho andaba desalentado, aprovechó el primer descuido y huyó de su vera por no dejar de pisar tierra española.

Como león encelado buscóla Candelas con tanto ahinco, con tantas ansias, que apartóse de los suyos, y apenas si quedó lugar del corazón de Castilla la Vieja que no recorriera en busca del bien perdido.

Como su cabeza estaba pregonada, era buen cebo para ambiciosos, y así en cada mortal miraba siempre su perdición.

Entre el pánico y el dolor que llevaba no acertaba a hacer cosa con buen tino y de haber topado con gente más avisada o más maliciosa, seguramente que no habría tardado lo que tardó en caer en manos de sus perseguidores.

Agotó cuanto dinero le quedaba corriendo de un lado para otro y a la postre, ya decidido a volverse a Madrid en busca de su amante, se puso en camino de la Villa y éste sí que fué su postrero viaje por los caminos del Mundo...

Al comenzar la noche del 17 de Julio de 1837, entraba en la villa de Olmedo al cansino paso de su fatigada cabalgadura, que hubo de llevar de jornada casi toda la noche anterior.

Ya de suyo era sospechosa la indumentaria que traía, y más para quienes tuvieren en las orejas el zumbido del pregón real.

Tocábase con sombrero calañés, vestía zamarra y pantalón oscuro.

Toda la gente fiióse en aquel extraño personaje y no faltó un sargento de la Milicia Nacional, que por si era o no el personaje que se buscaba trasladara su sospechas el comandante de Armas del pueblo.

El postillón de una diligencia que entrara poco antes dió razón de haber visto a aquel hombre no hacía mucho espacio él y los viajeros de su carruaje en el medio del camino real, y aun recordaba que hubo de darle voces para que se apartase.

La dicha autoridad militar del puesto de Olmedo, tan pronto como fué advertido de la presencia del sospechoso individuo, dispuso que saliesen seis números en su persecución, dos de los cuales lograron hallarle al amanecer del siguiente día en la posada de Alcazarén...

* * *

Rogó, fingió mil embustes; dió como nombre supuesto el de León Cañida y aseguró ser vecino de Vicálvaro. Así lo declaraba también el pasaporte que llevaba extendido en Santander con fecha de 28 de Mayo de aquel mismo año de 1837.

... ...

La pesadumbre por el querer que se le huyó no le daba como otras veces la entereza suficiente para entendérselas cara a cara con la Justicia y así se entregó como si fuese la primera vez que diera en sus redes.

Era entonces la ley, por resabios del régimen absoluto que tanto duró en España y aún como dicen tenía el rabo por desollar, mucho más severa que lo es al tiempo de ahora, y tenía resabios inquisitoriales y recuerdos recientísimos de que el gritar: "¡Viva la Librtad!" equivalía tanto como a echarse una sogaa al cuello y bailar al cabo de ella en medio de la plaza de la "Cebada."

Con pena de muerte justiciábase a los ladrones en cuadrilla y como Candelas caía de lleno entre los más famosos de entonces, y hubo de burlar tantas veces rejas y centinelas, en garrote vil pagó sus cuentas con la Justicia...

Algo fiaba en que el no haber derramado nunca sangre para realizar sus fechorías y el haber servido con las armas la causa de Isabel, movería la piedad de la hermosa viuda de Fernando VII concediéndole el indulto; pero, si bien parecía cosa cierta que jamás se mancharon de sangre sus manos, fueron tan graves los daños materiales y morales que causara y tan grande la inexperiencia del defensor que le tocó en desgracia, que no hubo forma de que arraigara la compasión en el pecho de la reina-madre, ni aun en el del pueblo, que tan sensible acostumbra a ser con los héroes de novela y aventura...

LA ULTIMA CARTA

El 5 de Novienmbre fuéle leída la sentencia de muerte.

La escuchó con gran entereza y en seguida pasó a la capilla donde se dispuso a morir más ejemplarmente de lo que había vivido.

Bien puede decirse en el postrero grito de clemencia que salió de su alma, fué la carta dirigida a María Cristina, que copiada al pie de la letra dice así:

"Señora:

"Luis Candelas, condenado por ladrón a la pena capital por la Audiencia Territorial, a V. M., desde la capilla, acude reverentemente.

"Señora.

"No intentará contristar a V. M. con la historia de sus errores ni la descripción de su angustioso estado. Próximo a morir, sólo implora la clemencia de V. M. a nombre de su augusta hija a quien ha prestado servicios y por quien sacrificaría gustoso una vida que la inflexibilidad de la ley cree debida a la vindicta pública y a la expiación de sus errores.

"El que expone, es, acaso, señora, el único en su clase que no acude a

V. M. con las manos ensangrentadas; su fatalidad le condujo a robar, pero no ha muerto, herido ni maltratado a nadie; el hijo no ha quedado huérfano, ni viuda la esposa por su culpa.

"Y, ¿es posible, señora, que haya de sufrir la misma pena que los que perpetran estos crímenes? Ha combatido, señora, por la noble y legítima causa de vuestra hija, ¿y no le merecerá una mirada de consuelo?

"¡Ah, señora, esa grandiosa prerrogativa de ser árbitra en este momento de su vida, empleadla con el que ruega próximo a morir!...

"Si los servicios que prestaría a V. M., si se dignase perdonarle, son de algún peso, creed, señora, que no los escaseará.

"Si esta exposición llega a vuestras manos, ¿será posible que no alcance la gracia de quien tantas ha dispensado?

"A V. M., señora, con el ansia del que sabe la hora en que va a morir, ruega encarecidamente que le indulte de la última pena, para pedir a Dios que vea V. M. tranquilamente asentada a su augusta hija en el trono de sus mayores...

"Capilla de la Cárcel de Corte, a 4 de Noviembre de 1837."

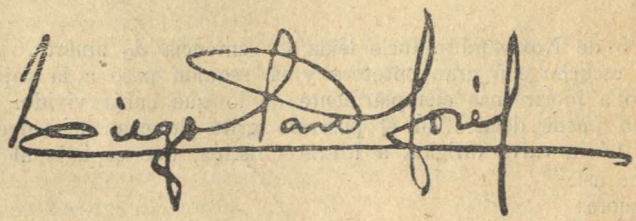
* * *

Y aquí, lector amable, que te dignaste seguir esta nueva y sucinta crónica del famoso bandolero madrileño, hagamos punto.

No es de buen gusto en los tiempos que corren el referir con todo lujo de detalles las postreras horas de aquel infeliz, que en las afueras de la puerta de Toledo saldó cruentamente sus cuentas con el mundo la mañana del 6 de Noviembre de 1837.

Solamente te diré que murió sin teatrales desplantes de valor ni espasmódicos accidentes de miedo.

Acabó, eso sí, arrepentido de sus hechos, y con la esperanza hasta el último momento de obtener de la reina-gobernadora el ansiado indulto con una oración para su alma en los labios y una lágrima para la vida en los ojos...



AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
Republica Argentina: **ANTONIO MANZANERA** - Independencia, 856. - Buenos Aires
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 25 centavos.
Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS. — 9.ª Avenida Sur, n.º 8. — Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.-Calvo Asensio, 5. - Madrid. - Apartado 8,008

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera ca na; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua **La Flor de Oro**, y evitaréis las canas, la caspa y la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Galdós.-49. Electra. 53. Doña Perfecta.-58 La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín. - ** Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos.-102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda. - 229. Más fuerte que el amor - 239. La princesa Bebé. -233. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada - 261 . La gata de Angora. - 283. La losa de los sueños.

Quintero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio. 75. La escondida senda. -88 El niño prodigio. - **Pepita Reyes. 256. El centenario. - 257. La zagala. - 284. El género ínfimo.

Guimerá. - 113.María Rosa. - 114. Tierra baja . - 196. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El cardenal.-99. La cizaña.-101 Bodas de plata. 241. Cristobalón.- 246. Toninadas. - 250. Flor de los pazos, - 287 Sangre roja. 292. La razón de la sinrazón... - 296. Añoranzas.

Martínez Sierra. 29. Primavera en otoño. **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve 186.Lances de honor.-149.La locura de amor.-177. Lo positivo. 214. Virginia.

Dicenta. 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse.- 24. El señor Feudal.-30.El crimen de ayer.- 60. Daniel.- 69.Amor de artistas.- 77. Aurora.- 92. Luciano. **Juan José.

Zorrilla. 188 El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.-10. El Rey galaor. - 23. Aben. Humeya - 37 . Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla.-217. El Halconero. -** El Alcázar de las Perlas.-28. La Gioconda.-354. La maja de Goya

Marquina. - 154. En Flandes se ha puesto el sol. - 182. Doña María la Brava. - 201.El retablo de Agreliano.-222.Las hijas del Cid.-195.El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86.La tempestad.-95. La Bruja.-155.- La muela del juicio.-104. El bigote rubio.- 106. Los sobrinos del capitán Grant.- 179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213.La criatura.-90. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.- 36. Ciencias exaetas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63 La sala de armas.-157. Las co tornices.-137. El sueño orado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191 El afinador.-209. Perecito.

Ramos Carrión Vital Aza.—147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. - 183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal. - 110. El oso muerto.-132 La ocasión la pintan calva.-118 El rey que rabio.

Echegaray (Miguel) -44. La viejecita. - 50 Gigantes y cabezudos - 76. El dúo de la Africana. 91. La Rabalera - 115. Los demonios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 163. Los Hugonotes. - 120. Entre parientes. -111. El octavo,no mentir. -303.Juegos malabares. -305 Meterse a redentor.-307. La monja descalza.

Arniches.-2.La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós -19.Las estrellas. -20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. - 282. La chica del gato. - 283. La heroica Villa -285. Es mi hombre.- 286. La pobre niña.-289. Los caciques. -298. La hora mala. 302 ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17.El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. - 78.El fresco de Goya. - 83. El método Górritz. 87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128 El perro chico. -105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. - 8.El verdugo de Sevilla.-12 Fúcar XXI.-34.La frescura de Lafuente -51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270.La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278. La cartera del muerto. - 280. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo.-193 Faustina. -288. Los misterios de Laguardia. 291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández - 267. Pepe Conde o el mentir de las estrellas. 268. La fórmula 3 K3. -73.Trampa y cartón. -27. Lopez de Coria. -187. Los amigos del alma. - 254. Un drama de Calderón. - 260. Martingalas. - 252. Trianerías. -253. La hora del reparto. - 255. El parque de Sevilla.

Paso-Abati. -13. El río de oro. -40. El gran tacaño -116. La divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrín-Palacios.-74. La corte de Faraón.- 80. La manta zamorana. - 81. Pedro Giménez. - 89. La Generala. 93. Pepe Gallardo. - 109. El Húsar de la guardia. - 142.Enseñanza libre. - 218. Certamen Nacional. - 194. Cuadros disolventes. -150. La tierra del Sol.-225.Las mujeres de don Juan. - 146. El País de las Hadas. - 240. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1, **Trata de blancas.**-3.**El místico.**-4.**Los semidioses.**-5. Las **cacatúas.**-18.**El hombre que asesinó** 25. La eterna víctima.-26. **Jimmy Samson.**-31. **El misterio del cuarto amarillo.**-35. **Primerose.** -38. Rafles. - 41. Mirandolina.-42 **Genio y figura.** -47.Petit-Café. -48.**Los Noveleros.** -54. La Tizona. -55. Miquette y su mamá. **67. Los gemelos.** -98. La cena de las burlas. -100. **Franz Hallers.** - 108. La

Tosca,-10 . La tía de Carlos.- 112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general. -133. ¡Tocino del cielo!-134 Militares y paisanos.-135. Muérete, y verás!-139 . Jarabe de pico. 140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor. - 144 Blasco Jimeno.-145 El crimen de la calle de Leganitos. -146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo. -163. La Cicilón. -166.El amor vela. -160.La señorita del almacén. -164.El Ladrón. -166.La pesca del millón. 167. El señor Duque 169. El gobernador de Urbequieta. - 173. Jettatora. - 180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros. - 190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla. - 199. Marcela, o ¿a cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de oro. -208. También la corregidora es guapa. -210. Mister Beverley. -212.La dama de las camelias.-215.Hamlet. -216. La caracterización y las morcillas.-220. Los plusopo. -221.El Gavilan. -224 Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227. El soldado de San Marcial. -228. Judith. -230. El pelo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca. 232 Envejecer -237 El puesto de antiquités de Baldomero Pagés -238. Don Gil de las Calzas verdes. -240. El arte de declamar.-242 Zazá -243 La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe. 245. El mayor monstruo, los celos -247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio secreta venganza.-264 Mi salvador.-269. La tierra.- 272. La República de la broma -279. Gerineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la sierra.- 310. ¡Si fué don Juan Andaluz!...-311 Margarita la Tanagra.- 313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre. 316. El pobre Rico 317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321.-La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Gallina.-325. La casa de Salud.-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328 El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres -331. Alcalá de los Gandules.-332. Arsenio Lupin -333 La loca aventura.-334. Las superhembras.-335. La extraña aventura de Martín Peluet.-336. Flor de Córdoba.-337. Los malcasados.-338. El segundo marido. 339. El amigo de las mujeres.-340. El tiempo de las cerezas.-341. Nick Carter.-342. La reconquista.-343. Embrujamiento.-344. Gloria -345. Pedro Fierro.-346. Nuestro enemigo.-347. Currito el de las guitarras o El gordo de Navidad.-348. El desconocido.-349. Las urracas.-351. Amo y criado.-352. El convenio de Vergara.-353. La otra vida.-355. El examen de maridos.-356. El valiente capitán. 358. El Licenciado Vidriera.-359. La hermosa fea.-360. Nuestra novia. 361 El bello Don Diego.-363. El fin de Edmundo.-365. Una buena muchacha.-366. ¡Prisionera!. 368. El agua del Lozoya.-371. Arcadio es feliz.-372. La copa del olvido.-373. Las mujeres de Zorrilla.-374. La del molino.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana. 22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz -61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene». 85 La balsa de aceite -96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas -158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias -170 La Chicharra.-172. El nido del principal -174. La Madrina -175. Chistes célebres de comedias -176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Laviña -202. La canción del olvido -205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-236. El Príncipe Carnaval.-235 Don Lucas del Cigarral.-238. La novelera.-262. Matías López - 265. Tonadillas y todadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) 277. El chaleco blanco.-281 La Hoja de Parra.-280. El Avapiés.-294 Chiribitas.-295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301 El corto de genio -312. Arco Iris.-314. El gran Baiá. 319. Lola Montes 324 Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)-350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte) 357. Benamor.-362 La boda.-364. La venus de piedra. 367. Tonadillas y tonadilleras españolas (9.ª parte.)-369. Nancy.-370. El apuro de Pura.

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

QUINTIN DURWARD

WALTER SCOTT

132 PAGINAS 40 CÉNTIMOS